

Una vida de amor por las palabras

EE

Emprendo una labor difícilísima: hacer una semblanza de Joaquín Gutiérrez y, además, en un espacio muy corto. Dificultad elevada al cuadrado. Primero: para hacer una semblanza de Joaquín Gutiérrez que no resulte una imagen sosa y desteñida en comparación con el original, habría que poseer la pluma, la voz o la palabra de Joaquín Gutiérrez. Segundo: sólo para enumerar los méritos, las actividades y los escritos de Joaquín Gutiérrez con algún detenimiento se necesitarían probablemente varios tomos. Advierto entonces que en esta semblanza sólo podré mencionar, escogidos al garrote y un poco arbitrariamente, algunos de los rasgos que delinean el perfil del escritor, el académico, el hombre, al que la Universidad de Costa Rica distinguió con su máximo galardón, el Doctorado Honoris Causa.

Novelista de prestigio internacional, autor de literatura infantil, poeta, antologista, ajedrecista, profesor adorado por sus estudiantes -caso no muy frecuente-, lector atento y promotor generoso de otros escritores -caso aún menos frecuente-, editor amante de las palabras y los libros, traductor, Premio Nacional de cuento y novela, premio Magón de Cultura, Premio Casa de las Américas en novela, Premio Rapa-Nui de literatura infantil, viajero incansable, cronista maravilloso de sus innumerables andanzas y encuentros, conversador inagotable y gustoso, periodista agudo y polémico, luchador inclaudicable, costarricense andante que ha recorrido el planeta llevando las palabras y el sabor de su tierra a los más alejados rincones, dejando un pedacito de ella en todas partes pero conservándola milagrosamente íntegra en su interior: todo esto y muchísimo más es Joaquín Gutiérrez.

Joaquín Gutiérrez es el autor de un maravilloso relato infantil -el inolvidable Cocorí- que ha recorrido el mundo en una docena de idiomas visibles y hasta en uno invisible (porque también ha sido traducido al Braille). Este libro ha hecho a miles de niños -y a miles de viejos con alma de niño- copartícipes en las andanzas del negrito Cocorí, doña Modorra y el Tití por el Caribe costarricense, para aprender que un minuto útil vale más que un año inútil, que se puede vivir mucho en un ratito, y que es grande, rica y plena la breve vida de una rosa cuando cada minuto se ofrece entera a los demás hecha dulce y perfume.

Joaquín Gutiérrez es el creador de una de las obras novelísticas de mayor envergadura y riqueza en la literatura costarricense. Su obra

narrativa reelabora, de manera polémica e innovadora, la tradición literaria costarricense anterior y contemporánea, y se ubica en el nivel de la gran literatura latinoamericana de su tiempo. En su producción narrativa, Joaquín Gutiérrez retoma la preocupación del viejo costumbrismo nacional por dar rango literario a la vida popular y al lenguaje vernáculo y coloquial de Costa Rica, pero le otorga un significado nuevo al despojarla de los resabios estereotipados o pintoresquistas, discriminatorios o burlones, que adquirían en los cuadros de Magón o las Concherías de Aquileo.

Joaquín Gutiérrez recoge también la herencia posterior de García Monge y Carmen Lyra: la búsqueda de una palabra nueva, más entrañable y menos exterior, más cercana al alma del pueblo, que rompiera con los «ritos ficticios y nocivos» (palabras de García Monge) de los viejos discursos oligárquicos, para hacer surgir (también en palabras de García Monge) «otros ritos, más hermosos, más humanos y más justos». Pero en la narrativa de Joaquín Gutiérrez las relaciones conflictivas entre el hombre y la realidad o la conciencia individual y el mundo social, adquieren una expresión mucho más rica,

pluridimensional y compleja, que en la obra de estos sus antecesores.

De sus predecesores inmediatos, Max Jiménez o José Marín Cañas, los autores que iniciaron su producción bajo el signo ominoso de la crisis de 1929, la obra de Joaquín Gutiérrez recoge el afán renovador y experimental, una relación más intrincada y menos ingenua entre el personaje y su mundo, entre la voz del narrador y la voz del personaje o entre el lenguaje y la realidad.

Finalmente, la obra de Joaquín Gutiérrez comparte con la de sus compañeros de generación -Adolfo Herrera García, Carlos Luis Fallas, Fabián Dobles, Yolanda Oreamuno- varias preocupaciones y elementos comunes: la incorporación a la literatura costarricense de nuevas experiencias, regiones geográficas, o áreas de la vida psicológica y social, más allá de los estereotipos del «labriego sencillo» y los intelectuales cafetaleros del Valle Central, más allá del mundo armonioso y cordial, de límites inmediatos o espacios familiares y reconocibles, ordenado y delimitado por la tradición y la costumbre. En



Joaquín Gutiérrez; el amor por la palabra.

la obra de Joaquín Gutiérrez, la incorporación del Guanacaste (en Manglar) o las regiones bananeras del Atlántico (en Puerto Limón y Murámonos Federico), se corresponde con la búsqueda de nuevos recursos narrativos que superaran las limitaciones de la novela del costumbrismo oligárquico, donde la voz del héroe se confundía con la voz de la tradición y la costumbre, o de la novela individualista donde las complejas relaciones entre el lenguaje, la conciencia y la realidad se simplificaban ingenuamente.

La narrativa de Joaquín Gutiérrez incorpora el afán testimonial y la denuncia social de las obras de Herrera García y Carlos Luis Fallas; la búsqueda de nuevas estructuras narrativas que permitieran conjugar de manera dialéctica vida individual e historia social, tradición y revolución, en la obra de Fabián Dobles; la exploración de nuevas técnicas narrativas, la incorporación del monólogo interior y el inconsciente en la obra de Yolanda Oreamuno.

Pero si tuviera que resaltar uno solo, entre los múltiples rasgos que conforman la polifacética personalidad de Joaquín Gutiérrez y la prolífica obra literaria del escritor, sería su amor por la palabra. Pocos costarricenses han manifestado de manera tan versátil y profusa su amorosa pasión por la palabra. La palabra escrita, la palabra hablada, la palabra propia y la del otro: el otro presente -el interlocutor o el alumno-, el otro ficticio -el personaje-, el otro virtual -el lector-, el otro ausente -Shakespeare: el duro diálogo del traductor con otro escritor, con los personajes creados por otro, en otro lenguaje y en otra época-.

En nuestro país pocos hombres como Joaquín Gutiérrez han cortejado con tanto cariño, dedicación y ternura a las palabras. Quizá por eso ha descubierto que atender a las palabras, percibir su asombrosa ubicuidad, su inagotable deseo de responder y corresponder a otras voces y otras palabras, es atender a las voces y los deseos de los otros, adivinar en la palabra propia la réplica ajena. Pocos como él han sabido captar y reproducir esos tenues ecos, tonos y matices que las palabras van acuñando al pasar de un oído a otro, de un texto a otro, de una voz a otra, de una conciencia hecha de palabras a otra conciencia hecha también de palabras.

Los personajes de sus novelas tienen su propia voz, su propio tono, su propia manera de argumentar, sus gestos, modulaciones y palabras propias, y el lector de sus relatos participa apasionado en ese asombroso diálogo entre el escritor y sus creaciones. La poesía, la narrativa, la prosa periodística y las crónicas de Joaquín Gutiérrez están hechas de palabras que no parecen escritas por un autor ausente, para ser leídas por un lector anónimo; están escritas como si no estuvieran escritas, como si el autor conversara con un interlocutor presente: hacen guiños, sonríen, se mofan, tiemblan o adquieren un tonillo irónico e irreverente, y el lector cree percibir la cálida modulación de una voz en el frío anonimato de los guarismos y el papel.

Pero como el espacio es limitado y el personaje inagotable, esta semblanza se mete por un huequito y se sale por otro para que ustedes completen lo que le falta. □

Palabras leídas en la sesión del Consejo Universitario donde se le confirió el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Costa Rica a Joaquín Gutiérrez.